
Centenario de *El Sol*, el gran periódico renovador en la España de los años veinte

Ignacio Blanco Alfonso

Cuando en 1917 Nicolás María de Urgoiti (1869-1951) funda *El Sol* ya es un hombre de 48 años que atesora una fecunda experiencia profesional y vital. Se tituló en Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos en 1892, y aunque accidentalmente había nacido en Madrid, se crió en San Sebastián. Su generación cultural es la del 98, que en su biografía no es un mero dato cronológico. Comparte con aquellos intelectuales un profundo amor por España, amor que le lleva a mirar a su patria con ojos soñadores pero realistas. El país necesita reformas de todo orden, imperativo que en el caso de Urgoiti cristaliza en un proyecto profesional, cultural y vital de gran envergadura, y del que forma parte *El Sol*, el periódico español más influyente del primer tercio del siglo XX.

La semblanza escrita por su nieta Soledad Carrasco Urgoiti en 1983 nos acerca al recuerdo íntimo de quien conoció y convivió con el personaje. Sabemos por ella de ciertas cualidades de la per-

sonalidad de su abuelo que justificarán posteriores avatares de *El Sol*. Fue un hombre afable y familiar que, apenas terminada la carrera, se casó en 1893 con su prima María Ricarda Somovilla, con quien tuvo cuatro hijos. El azar quiso que muy pronto, en 1894, se empleara en la Papelera del Cadagua (Aranguren, Vizcaya). Urgoiti recordaba con humor que, para asegurar la continuidad del futuro gestor de la Papelera, «los consejeros buscaban un ingeniero joven, honrado, trabajador, casado, con hijos y sin dinero», circunstancias que se concentraban en el joven ingeniero. Fue aquí donde comenzó su interés por la industria del papel y, por extensión, la génesis de las posteriores empresas editoriales impulsadas por Urgoiti.

Como ocurría en otros sectores industriales de España a principios de siglo XX, nuestro retraso era notorio tanto en la producción de la materia prima del papel como en la estructura y condiciones del mercado laboral. Gracias a los numerosos informes técnicos y memorias que Urgoiti elaboró a lo largo de su vida, hoy disponemos de un conocimiento muy exhaustivo de la situación en la que se encontraba la industria papelera de la época. Es importante tenerlo presente porque la empresa periodística era completamente subsidiaria de aquella.

En 1901 Urgoiti funda la Papelera Española, *trust* empresarial que integró en una sola compañía a las pequeñas fábricas dispersas por el norte y el este de España. La Papelera llegó a producir dos tercios del papel fabricado en nuestro país. Su mandamiento fundacional consistió en reducir los costes de producción y ocupar la posición dominante del mercado para conseguir vender el papel al precio más barato posible. Todo ello respondía a un plan bien trazado de renovación de la maquinaria, modernización de los sistemas de producción y especialización de las fábricas de la compañía. Por ejemplo, impulsó la construcción de la fábrica de papel de Rentería, inaugurada en 1912, cuyo coste se amortizó en menos

de tres años y cuya capacidad de producción permitió reducir el coste del papel de cuarenta a treinta céntimos el kilo.

Fue, además, un empresario inquieto y viajero, que recorrió muchos lugares en busca de ideas nuevas que después aplicaría a sus propias fábricas, de contactos y relaciones que fructificaron en diversos proyectos, como la impresión de los veinticinco tomos de la monumental *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, de la Universidad de Cambridge, para la cual se fabricaron trescientos mil kilos de un papel especial. Preocupado por la producción maderera que habría de abastecer esta red de modernas fábricas, viajó en 1910 a Turín, donde adquirió un estudio acerca del chopo canadiense, si bien fueron las plantaciones de *pinus insignis* impulsadas por él mismo las que cambiaron la fisonomía de los bosques vascongados y las que garantizaron la despensa de madera para la producción papelera española.

La bonhomía de Urgoiti determinará el sentido de estas reformas industriales. La empresa –piensa– no puede guiarse exclusivamente por el afán de aumentar los beneficios económicos de los accionistas, sino que debe mejorar realmente la calidad del producto y las condiciones laborales de los obreros. Fue responsable de que se introdujera el descanso dominical en el gremio y, como recordará años después, la Papelera fue la única empresa española de la época que repartía entre los empleados participaciones en los beneficios de la compañía, cuyo fin no era otro que «estimular el celo y el entusiasmo de los trabajadores». Este plan incluía, además, «cajas de socorro, enseñanza y cooperativas que respondían al mismo fin de mejorar, en cuanto de nosotros dependa, la situación de nuestros obreros».

Con este breve esbozo biográfico y profesional comenzamos a vislumbrar cómo en la mente de Urgoiti se iban desplegando diversas estrategias que cristalizarían en acciones concretas para el beneficio de la sociedad española. Porque éste es el triple sentido

teleológico que orienta las empresas culturales de Urgoiti: por un lado, hacer de la fabricación del papel una industria moderna, solvente y competitiva; por otro lado, lograr la sostenibilidad del negocio desde una ética empresarial de corte humanista, que anteponga la justicia social y el bienestar del obrero a la maximización del beneficio económico; por último, contribuir al progreso nacional creando órganos de opinión y canales de divulgación cultural, es decir, periódicos y libros. La editorial Calpe (después Espasa-Calpe), la Casa del Libro, *El Sol* y *La Voz* son elocuentes muestras de estas incitaciones intelectuales.

Intento de compra de El Imparcial, primavera de 1917

Las empresas culturales sólo pueden ser comprendidas en el contexto que las ve nacer. Hacia 1917, España alargaba de modo lastimoso el sistema político que Cánovas del Castillo instauró tras la Restauración borbónica, en el que unos partidos corruptos y sin vitalidad se turnaban en el poder prolongando la agonía de un régimen acabado y sometiendo a la población a un atraso cultural que cercenaba el progreso social. Esta situación, que podría haber sumido a toda la intelectualidad en un estado de ataraxia, produjo, sin embargo, en las generaciones más jóvenes un ansia de renovación que cristalizaría en no pocas iniciativas modernizadoras.

Por aquel entonces, Urgoiti era presidente del Consejo de Administración de Prensa Gráfica, que agrupaba a *Mundo Gráfico*, *La Esfera* y *Nuevo Mundo*, y hacía tiempo que pergeñaba la idea de fundar un gran periódico nacional con el que poner en práctica las modernas técnicas periodísticas europeas, que sirviera de órgano de influencia en la opinión pública española y que diera salida a los excedentes de la Papelera. Si bien la idea de Urgoiti era

fundar un nuevo periódico, se le cruzó por delante la posibilidad de hacerse con el control de *El Imparcial*, que en marzo de 1917, después de cincuenta años en los quioscos, cumplía sus bodas de oro.

El gerente, Ricardo Gasset, intentaba una ampliación de capital para resolver los problemas financieros provocados, en parte, por la carestía del papel por la Gran Guerra. El 27 de abril de 1916 *El Imparcial* había abandonado el *trust* de prensa creado diez años antes, bajo cuyo paraguas los periódicos asociados se habían comprometido a permanecer una década como poco. Vencido el plazo, el periódico de los Gasset fue el primero en deshacer el compromiso societario, «el cautiverio en esta encerrona de albedríos que fue el *trust*», según palabras de Manuel Ortega y Gasset en su biografía del diario familiar.

Los primeros contactos entre los Gasset y Urgoiti se produjeron a mediados del mes de marzo de 1917. Contaba con la bendición de un destacado miembro del clan, José Ortega y Gasset, con quien había entrado en contacto en los tiempos de la revista *España*, que en 1915 publicó la conferencia dada por Urgoiti en el Ateneo con el título «La Prensa diaria española en su aspecto económico». Desde entonces, el vínculo y la sintonía intelectual entre Urgoiti y Ortega se estrecharán. La admiración es mutua; el ingeniero encuentra en el filósofo la proyección teórica que él alberga en su mente liberal; por su parte, Ortega ve en Urgoiti al hombre de acción: «Es Vd., amigo mío, uno de los pocos hombres arqueros que he encontrado en nuestra España», le escribió Ortega el 17 de abril de 1919.

Urgoiti quería un periódico desembarazado de ataduras políticas, escrito por periodistas sin adscripción partidista, que permitiera una información independiente de las presiones e intereses de los partidos. Ricardo Gasset, sin embargo, pretendía que la inyección de capital no interfiriera en la línea editorial de *El Imparcial*,

que se mantendría fiel en su defensa de la monarquía y del régimen establecido.

Con estos antecedentes, la operación se puso en marcha. Ortega intervenía directamente en los contenidos de *El Imparcial*, los prosaicos y los de mayor calado, a pesar del abismo ideológico que los separaba de los anteriores propietarios. Era cuestión de tiempo que esa falta de sintonía pasara factura, y la ocasión llegó con la declaración en rebeldía de Juntas de Defensa en la primavera de 1917. Los militares exigían mejoras en todos los órdenes de su profesión, sobre todo en lo referente a las prestaciones económicas que les mantenían subsumidos por debajo de otros ejércitos europeos y aun de otras clases civiles españolas.

Ortega pensó que si el Ejército, la institución menos subversiva del Estado, era capaz de rebelarse contra el poder establecido, qué otro estamento social no seguiría su ejemplo: «Desde hace veinte años, la vida española es tan inerte y estéril, que basta a un suceso parecer anormal para que nos prometa ser ventajoso», escribió al comienzo del emblemático artículo «Bajo el arco en ruina». Aprovechando la rebeldía de las Juntas, Ortega llamaba a la insurrección general contra el sistema monárquico, y más concretamente, contra la «fantasmagoría» que representaba el Parlamento y los viejos partidos.

Al citado artículo, tenido por muchos como el detonante del fracaso de la operación de compra de *El Imparcial*, habían precedido varios editoriales que apuntaban en la misma dirección. Urgoiti no quería censurar a Ortega, con quien coincidía en el plano doctrinal del asunto, pero debía actuar con cautela para no romper el acuerdo con los Gasset. Sin embargo, una serie de artículos aireados esos días en la prensa de Madrid ponía al descubierto las discrepancias ideológicas que hacían de todo punto ingobernable el nuevo rotativo.

Tan es así, que el propio Ortega se vio obligado a publicar en *La Época* un artículo que su tío le censuró en *El Imparcial*, en el que

el filósofo afirmaba: «Para que un diario español pueda desprenderse de su viejo cuerpo y adquirir el complejo organismo de los nuevos periódicos mundiales», no basta un aumento de capital social, sino que es imprescindible «una voluntad inequívoca, resuelta, de mantener la publicación libre de toda proximidad con persona o partido político alguno». Para Ortega, esta máxima es innegociable: «Un periódico que sólo periódico puede ser, pero que quiera serlo plenamente, debe caminar guiado por una grave conciencia de su responsabilidad social» porque «es un creador o educador de opinión, no un siervo de ella».

Antonio Espina afirma que «Bajo el arco en ruina» produjo en los elementos monárquicos de *El Imparcial* «verdadera consternación y determinó una gestión inmediata para rescatar el paquete de acciones que poseía Urgoiti, quien no tuvo inconveniente en deshacerse de ellas». A propósito de la misma cuestión, Antonio Elorza publica una nota biográfica en la que Urgoiti cuenta que el mismo Alfonso XIII pidió explicaciones a Rafael Gasset por el artículo a favor de los sublevados y en contra de la monarquía; Gasset le explicó al rey que había vendido *El Imparcial* a Urgoiti y que no pudo impedir la publicación de ese artículo, a lo que Alfonso XIII le respondió (siempre según la versión de Urgoiti): «Mira, Rafael, eres un besugo, apodérate nuevamente de *El Imparcial*; convéncete, Rafael, eres un besugo».

Fue una derrota para Urgoiti, que perdía en una sola noche toda la obra edificada durante meses; y lo fue también para Ortega, quien además se enfrentaba a la ruptura familiar. Ortega confiesa a Urgoiti «la penosa impresión» que le causó «el anuncio de la derrota», y asegura que va a ponerse en contacto con sus hermanos: «No creo que haya duda respecto a la resolución de éstos», y se muestra tajante respecto al desagradable episodio vivido con los Gasset: «Por mi parte es claro que, sea vendiéndolas, sea renunciándolas [se refiere a las acciones que posee en la

empresa] yo he de romper este último hilo que con *El Imparcial* me unía».

En la misma misiva, Ortega mantiene el espíritu innovador del grupo: «Me escriben y me hablan de un periódico que van Vds. a sacar a la luz con el título de “El Sol”. Supongo que aunque esté todo bien dispuesto no lo echarán a la calle hasta el día siguiente al levantamiento de la suspensión de garantías», y anunciaba: «Iré a Madrid a fines de este mes con gana de batalla en todos los frentes».

A partir de entonces la relación epistolar de Urgoiti y Ortega será constante. Hablan mucho del nuevo periódico, de la dirección, de los colaboradores, de las secciones y su contenido, del enfoque de ciertas cuestiones políticas. Ortega actúa como consejero y Urgoiti se encomienda a sus puntos de vista. Viajan juntos, y sobre todo, proyectan nuevas oportunidades para el negocio periodístico y para saciar su apetito de intervención en la vida pública.

A los pocos meses nacerá *El Sol*, y *El Imparcial* lo saludará con gracia: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». Los últimos años de vida de *El Imparcial* fueron poco brillantes, hasta que en abril de 1927 falleció Rafael Gasset y la familia se deshizo del periódico.

Programa fundacional de El Sol

Junto con Urgoiti y Ortega, salieron de *El Imparcial* una parte notable de la redacción, con Félix Lorenzo y Mariano de Cavia a la cabeza. Aspiraban a fundar una empresa moderna desde el punto de vista técnico, a la altura de los grandes rotativos europeos; independiente de las subvenciones estatales (el llamado *fondo de reptiles*); imparcial en las legítimas disputas políticas; defensora de otro orden constitucional que diera una oportunidad a los

nuevos partidos (el Socialista de Pablo Iglesias, el Reformista de Melquíades Álvarez, los regionalistas...). Querían, en definitiva, competir por el liderazgo de la información en el terreno periodístico y contribuir al nacimiento de otra España. En una palabra, demandaban *renovación*, que fue el nombre que Mariano de Cavia propuso para el diario y que finalmente bautizó la imprenta: Tipográfica Renovación.

En el programa de *El Sol* que figura en la «Escritura de constitución» de la Sociedad Anónima, fechada el 16 de noviembre de 1917, Nicolás María de Urgoiti escribió que «el Diario *El Sol* respetará y defenderá las instituciones políticas legalmente establecidas para responder a los anhelos de la inmensa mayoría del país». Así mismo, «será respetuoso con la iglesia sin ofender ni contrariar a quienes profesen otros cultos o sean indiferentes en materia religiosa». Declaraba expresamente que «no se afiliará a partido político determinado», y que «pondrá de manifiesto las aspiraciones regionales apoyándolas en cuanto sean justas y no ataquen la unidad española».

El talante personal de Urgoiti que glosamos páginas atrás rezuma en este programa en párrafos como el dedicado a las desigualdades sociales:

El periódico expondrá cuantas soluciones conduzcan a la mayor armonía del capital y del trabajo, siendo sus campañas contrarias a las agitaciones obreras de carácter violento, si bien inculcará a la clase capitalista el concepto fundamental de que el índice del progreso es manifiestamente la extensión gradual del bienestar al mayor número posible de seres humanos.

Se comprometía, igualmente, a defender «la reorganización de las fuerzas armadas» y de los sectores productivos del país, buscando siempre «el beneficio del consumidor». Apostaba por la división de poderes, «combatiendo con toda firmeza a los abogados

políticos que sucesivamente ostentan la toga y desempeñan funciones públicas», toda vez que «en España es notorio que el Poder Ejecutivo ha minado en sus bases» la recta administración de la Justicia.

Será tema constante del diario la calidad de la enseñanza, «medio de hacer próspera a la sociedad», y defenderá la creación de «programas únicos en las materias, la competencia del profesorado y la construcción de locales para dar efectividad a la primera enseñanza en toda la Península». Buena muestra de ello fue la serie de crónicas que Luis Bello publicó durante años recorriendo las escuelas de España y denunciando la penosa situación en que se hallaban.

Terminaba este pliego de compromisos defendiendo la necesidad de la «exactitud» en las informaciones y la «honradez, mesura y templanza» en las opiniones.

Como en la fundación del semanario *España* en 1915, Ortega propugna en *El Sol* la renovación de las instituciones públicas desde el Parlamento a la Universidad. Si en *España* se había fijado el objetivo de la regeneración de la raza española, el mejoramiento del pueblo y la renovación del espíritu nacional, en su primer artículo de *El Sol* expondrá un pensamiento similar: «Queremos y creemos posible una España mejor –más fuerte, más rica, más noble, más bella». Para Ortega, *El Sol* nace para cumplir el programa expuesto en su conferencia «Vieja y nueva política» (1914), que se sintetiza en dos líneas de actuación clave: apoyo a los nuevos partidos políticos, en especial al Socialista, único capaz de agrupar de forma constructiva a los sectores obreros; y apertura a la descentralización del Estado haciéndose eco de los movimientos existentes en todas las regiones de España.

Desde estas páginas pedirá paso para una nueva generación de españoles preparados para asumir la nueva política. Dice así el editorial de *El Sol* del 9 de octubre de 1918:

Es menester que grave la nueva gobernación sobre otras castas de hombres más inteligentes y mejor intencionados, más idealistas y a la par más realistas, más modernos y nada reaccionarios. [...] La inmensa mayoría de hombres cultivados –médicos, ingenieros, profesores, literatos, artistas, industriales, etcétera– integra esta legión democrática, amiga de lo moderno, o movida por una urgencia de que triunfe al cabo en España el verdadero e integral liberalismo. Ellos son el laboratorio y el taller, son la ciencia y el trabajo, son el creador y el obrero. Su política se resume así: libertad, justicia social, competencia, modernidad.

Entre las peculiaridades de este gran diario hay que señalar que renunció a la información taurina, que evitó los sucesos sangrientos y los crímenes, contenidos predilectos del pueblo llano, para distanciarse de todo lo que no fuera la gran política. Esta apuesta implicaba que, si bien *El Sol* aparecía ante la sociedad como un órgano de intelectuales para intelectuales, también perdía una importante cuota de lectores, hecho que a la larga amenazaría la sostenibilidad de la empresa.

El 1 de diciembre de 1917 vio la luz el primer número de *El Sol*. Antonio Espina recuerda el cartel anunciador, en el que «un arrogante y vistoso gallo, obra del dibujante Federico Ribas, se hizo popular en toda España». En su opinión:

Durante los diecinueve años de su existencia, fue *El Sol* uno de los mejores periódicos de Europa y, desde luego, el mejor de España de todos los tiempos. Órgano y tribuna de una sola política nacional de signo moderno, ejercía fuerte presión sobre el espíritu público, hasta el punto de haberse dicho que fueron los editoriales de *El Sol* los que trajeron la República española.

El paso de Ortega y Gasset por las páginas de *El Sol* hay que considerarlo como un trabajo de crucial importancia en el conjunto de su obra periodística. Publicó un total de 426 artículos

ininterrumpidamente entre el 7 de diciembre de 1917 y el 25 de marzo de 1931, más otros dos de aparición tardía en 1933 («Viva la República», *El Sol*, 3-XII-1933 y «En nombre de la nación, claridad», *El Sol*, 9-XI-1933), y el último titulado «La estrangulación de Don Juan» (*El Sol*, 17-XI-1935). Tras esta fecha no volverá a aparecer la firma de Ortega en *El Sol*.

Por primera vez aparece mi nombre semioscuro en este periódico, cuyas columnas espero frecuentar. Ya que no pueda otra cosa, quisiera verter en sus moldes mis esperanzas españolas. Lector, he de hablarte a menudo desde *El Sol* sobre cosas de la tierra, especialmente sobre cosas políticas de la tierra, y más especialmente sobre cosas políticas de la tierra de España.

El título de este periódico significa, ante todo, un deseo de ver las cosas claras. Frente a cualquier hecho o problema equivale, pues, a un imperativo de mayor claridad y a una apelación que del crepúsculo hacemos al mediodía.

Recuerda lector el *do* de pecho que un día daba nuestro viejo maestro Goethe:

Yo me declaro del linaje de ésos que de lo oscuro a lo claro aspiran.

Aspiremos, pues, hacia lo claro en las cosas de España, que son nuestras cosas.

Las enemistades de El Sol

La existencia de *El Sol* fue turbulenta. Los periódicos de la competencia lo acusaban de vulnerar la legislación de prensa al negarse a recibir el *anticipo reintegrable* que el Gobierno había instaurado para compensar la subida de precio del papel. Internamente surgieron rencillas e intrigas al constituirse un grupo de íntimos que se repartían las responsabilidades de la empresa al margen de la redacción. Según las historiadoras M.^a Cruz Seoane y M.^a Dolores Sáiz:

La línea ideológica era decidida por Urgoiti y otros miembros escogidos del Consejo de Administración, el director y los redactores y colaboradores más importantes, que se reunían por las tardes en una sala reservada, a la que –comenta Corpus Barga– «los periodistas de mesa, los verdaderos periodistas despechados llamaban despectivamente el Olimpo».

Los ataques del Gobierno de Maura hacia *El Sol* fueron continuos. Fruto de esta presión política Ortega publicará muchos artículos a favor de la libertad de prensa y de expresión, mientras continúa la campaña editorial a favor de un nuevo orden constitucional:

Desde 1900 soportamos en España esta falsificación. Unos partidos fantasmas, exangües y sin virtud han tenido cercado el poder político en los días que más urgía la enérgica vitalización de los instrumentos de gobierno. No representaban estados de convicción pública, no representaban siquiera intereses orgánicos de clase, de núcleo, de grupo. ¿Cómo, sin embargo, se perpetuaban en el Gobierno de España? Una palabra clara y leal tiene que ser dicha en respuesta a esa pregunta: desde hace más de quince años los grandes partidos se alimentan exclusivamente de la confianza de la Corona.

Los editoriales de *El Sol* martilleaban diariamente al Gobierno: «El desgobierno que es en España mayor que en ningún otro país de la tierra» (5-X-1918, editorial con algunos fragmentos censurados); «los partidos conservador y liberal no existen como potencias eficaces: simbolizan sus desprestigiados hombres la España parálitica» (7-X-1918); «el fracaso de la gobernación tradicional se debe principalmente al ningún empeño con que los partidos turnantes se han ocupado en modernizar eficazmente la vida española» (9-X-1918). Según Mercedes Cabrera, la línea editorial durante estos años evidencia que «*El Sol* pecó con frecuencia,

como no podía ser menos, de un pesimismo destructivo lanzado desde las alturas».

Buena parte de los accionistas de La Papelera empezaban a ver en estos ataques una amenaza a sus propios intereses comerciales, si bien la interferencia en la línea editorial de *El Sol* era todavía inexistente. El rol de Urgoiti también se vio cuestionado por su doble condición de presidente de La Papelera y de la sociedad editora de *El Sol*. Llegó al extremo de presentar su dimisión por las quejas de los hermanos Urquijo, que finalmente abandonaron la empresa. Sin embargo, las múltiples obligaciones que Urgoiti fue contrayendo desde el final de la Gran Guerra precipitaron su determinación de abandonar la dirección de La Papelera para centrarse en el cuidado de sus otros negocios, de *El Sol* en primer lugar, pero también de la editorial Calpe, que había fundado en 1918 con la colaboración, entre otros, de Ortega.

En resumidas cuentas, los dos primeros años de vida fueron duros para *El Sol*. Las tensiones descritas llegaron a provocar en septiembre de 1918 la sustitución del director Félix Lorenzo, muy unido a Urgoiti, por Manuel Aznar.

La Orden Ministerial de 13 junio de 1920 y la Real Orden de 29 de julio de 1920 del Gobierno de Eduardo Dato establecieron la obligatoriedad de vender el periódico a diez céntimos, con un número limitado de páginas y un determinado tamaño de plana, y con la prohibición de la venta combinada de productos, aspecto que dañaba particularmente a *El Sol*, que distribuía el periódico junto con libros y otros productos de Calpe y de Gráficas Reunidas.

Urgoiti intentó aliviar las pérdidas fundando el diario vespertino *La Voz*, que vio la luz el 1 de junio de 1920. «La idea era crear un tándem a la americana, con un diario de la mañana serio y doctrinal, y uno de la tarde, ligero y popular», explican Seoane y Sáiz. Ambos periódicos compartían los gastos generales de la empresa, que disminuyeron en cuanto *La Voz* conquistó aquellos espacios

donde *El Sol* fracasaba. El Gobierno interpretó que *El Sol* pretendía burlar la ley, y llegó a suspenderlo una semana en agosto de 1920. Fue el mismo Gobierno que poco después levantó el arancel sobre el papel procedente del extranjero debido a la subida universal de su precio, con lo que arrojaba a La Papelera a una delicadísima situación de pérdidas.

Los años siguientes se pueden resumir en algunos hitos históricos que marcarán la línea política de *El Sol*: el 8 de marzo de 1921, unos anarquistas tirotearon al presidente del Gobierno Eduardo Dato, situación de inestabilidad que se agravará en julio tras el Desastre de Annual, con miles de muertos en las filas españolas. El rey Alfonso XIII fracasó en su intento de que Antonio Maura formara un Gobierno de concentración, lo que allanaba la posibilidad de un Directorio militar. El golpe de Estado de Primo de Rivera del 13 de septiembre de 1923 fue aceptado por el rey en una evidente muestra de debilidad y de falta de liderazgo de los viejos partidos.

De la Dictadura de Primo de Rivera a la Segunda República

«Que se haga el milagro aunque lo haga el diablo», dijo Luis Arquistáin sintetizando el sentir de buena parte de la opinión pública. El Directorio militar venía a enterrar definitivamente el régimen político de la Restauración. Los periódicos de derechas reaccionaron entusiasmados y los de izquierdas tampoco parecían disgustados con la solución, y es que, como explicaba Javier Tusell, el programa político de Primo «nacía de una voluntad regeneracionista que conectaba muy bien con la mentalidad de la época», e incluso utilizaba «un lenguaje a menudo muy semejante al de Costa».

La nueva situación política supuso el inicio de los desencuentros de Ortega con *El Sol*, cada vez más controlado por la mayoría

de accionistas conservadores de la Papelera. Si bien el periódico adoptó al principio una actitud prudente hacia Primo de Rivera, el curso de los acontecimientos forzó la retirada de este apoyo. Lo mismo ocurrió con la mayor parte de firmas de la prensa del momento, que se mostraron beligerantes con el régimen a partir del segundo año de Directorio, y sobre todo a partir de 1927, cuando la nueva generación cultural que va a tomar esa fecha como santo y seña, se concienza de su compromiso social y político.

Primo de Rivera fracasó en el intento de institucionalizar el régimen con la nonata Constitución de 1929 y presentó su dimisión el 28 de enero de 1930, dejando un vacío de poder que situaba al monarca en una compleja tesitura. Cómo estas circunstancias provocaron la pérdida de *El Sol* por parte de Urgoiti y de Ortega recuerda inevitablemente al fracaso de compra de *El Imparcial* en 1917. Hacia 1930 La Papelera había adquirido todas las acciones del periódico para saldar la deuda que este mantenía con ella. Como era de esperar, los nuevos propietarios se opusieron a la adhesión al sentimiento republicano por parte de *El Sol*, e intervinieron exactamente igual que los Gasset en *El Imparcial*. Aunque Urgoiti había previsto que algo así podía suceder, diversos artículos e informaciones publicados entre 1929 y 1930 desencadenaron la ruptura.

La llamada *buena prensa* arremetía contra *El Sol*, cuya línea editorial, según *El Debate*, consistía en «una serie de desahogos contra la familia, el orden social, la Religión, la Patria, un verdadero catálogo del desenfreno de unos cuantos muchachos sin formación, inclinados al anarquismo». Urgoiti se defendía apelando a la imparcialidad periodística y al deber de *El Sol* con sus lectores, argumento que de nada sirvió tras la publicación por Ortega de «El error Berenguer» (15 de noviembre de 1930). Como ocurrió en 1917 con «Bajo el arco en ruina», catorce años después se repetía idéntica historia.

La tesis de Ortega es bien conocida: hay que reconstruir el Estado desde sus cimientos porque el Estado no existe. La solución de Alfonso XIII al promocionar al general Berenguer venía a perpetuar los mismos vicios del antiguo régimen, por lo que no es que hubiera error en la actuación del nuevo presidente del Gobierno; es que el error era el Gobierno mismo. Según Ortega, el monarca aprovechaba la «amnesia celtibérica» para hacer olvidar los siete años de Dictadura con el nombramiento de Berenguer, sin tener en cuenta que la opinión pública no obviaría los actos «de lesa Patria, de lesa Historia, de lesa dignidad pública y privada» cometidos por el Directorio militar. El conocido colofón del artículo, «*Delenda est Monarchia*», venía a encarnar la sensibilidad de buena parte de los españoles que encontraba inevitable el final de la monarquía.

Los esfuerzos de Urgoiti por mantener la independencia de *El Sol* no dieron el fruto. Mercedes Cabrera explica que durante el segundo semestre de 1930 Urgoiti desplegó toda su capacidad diplomática con las más altas esferas políticas, incluido el presidente Berenguer, así como con los sectores de la oposición al régimen monárquico y con algunos de los miembros destacados de La Papeleta, como el conde de Aresti, con el fin de apaciguar el clima de tensión que se respiraba en el Consejo de Administración. Pero un profundo temor a perder el periódico se cernía sobre su ánimo, del mismo modo que sobre el horizonte nacional sobrevuela la posibilidad de una salida violenta a la crisis política. Por si acaso, los editorialistas templaron las plumas.

Urgoiti vivió aquella época en permanente conflicto de intereses entre sus convicciones políticas (restablecimiento de la legalidad cercenada por el Directorio militar), sus expectativas empresariales (conservar el control intelectual de *El Sol* y garantizar la independencia ideológica) y su profundo sentimiento de deber patriótico (colaborar en un proceso de transición pacífica

hacia un nuevo régimen). Estableció un plan que, según sus propias anotaciones, «redacté en dos tardes en el Casino de Madrid y lo leí a algunos colaboradores y al director, que aunque hicieron algunas observaciones, lo aprobaron». *El Sol* instaría al Rey a emprender una reforma consistente en un sistema electoral basado en grandes circunscripciones que evitaran la manipulación del voto; un poder judicial independiente; más autonomía regional para atraer al consenso a las fuerzas centrífugas del nacionalismo; respeto por todas las creencias religiosas y libertad de culto; rechazo del comunismo pero aceptación del socialismo; desarrollo, en definitiva, de la enseñanza y las comunicaciones.

Pero la realidad era ya imparable y en 1931 el ambiente republicano invadió las grandes capitales. Los conservadores de La Papelera intentaron hacerse con el control del periódico para demarcarse de la alternativa republicana, y mostrar su adhesión al rey para poner a salvo sus intereses económicos personales. El detonante se produjo el 10 de febrero de 1931 con la publicación en *El Sol* del «Manifiesto» de la Agrupación al Servicio de la República, firmado por Ortega, Marañón y Pérez de Ayala. La petición de un nuevo Estado republicano fue abierta y sin ambages. A pesar de todo, Urgoiti no dio por perdido el control del periódico y conminó a los accionistas a vender sus participaciones a un grupo apolítico. Así se hizo en la primavera de 1931, aunque la operación se llevó por delante al propio Urgoiti. Un grupo de accionistas monárquicos encabezados por el conde de Barbate asumió el control de *El Sol*. Urgoiti tenía hablado con sus colaboradores más cercanos la puesta en marcha de un nuevo órgano periodístico desde el que alentar el advenimiento de la Segunda República: se llamaría *Crisol*.

El día señalado fue el 25 de marzo de 1931. El director Félix Lorenzo se despedía de *El Sol* con unas lacónicas palabras de dolor y resentimiento:

Y vamos a firmar estas líneas, amigos míos. Por mucho que yo lo quiera disimular, mi pluma no corre bien esta noche. Hay entre sus puntos un pelo de emoción. Y las emociones son para contadas cuando ya han pasado y se han hecho recuerdo. Recuerdo sean las emociones. Recuerdo sean también, lo antes posible, la Monarquía y sus setecientos generales; sus jesuitas y sus frailezcos, y sus señoritos de Bilbao y de toda el área española. Adiós y hasta la vista.

También se despidió ese mismo día Ortega, el colaborador más notable del periódico, con una nota titulada «Adiós a los lectores de *El Sol*»:

Desde la fundación de este periódico, en 1917, escribo en él, y en España sólo en él he escrito. Sus páginas han soportado casi entera mi obra. Ahora es preciso peregrinar en busca de otro hogar intelectual. Ya se encontrará. ¡Adiós, lectores míos!

En un gesto hacia la galería, el editorialista del día 26 aseguraba que «*El Sol* ha sido y seguirá siendo un periódico renovador», y se lamentaba de que «valiosísimos elementos de su redacción y colaboración, como Ortega y Gasset, Zulueta, Azorín, *Heliófilo*, Baráibar, Bagaría y otros se hayan separado de nosotros». Aseguraba que se les había intentado persuadir hasta el último momento para que no abandonaran el periódico, garantizándoles plena libertad y autonomía para tratar cualquier tema político, social, económico y literario, y se mostraba dispuesto a recibirles con los brazos abiertos en el momento que decidan regresar a «su casa solariega». Similares palabras de elogio y amistad publicaron a propósito del fundador Nicolás María de Urgoiti, «sembrador de ideas y propagador de culturas», y de José Ortega y Gasset, «que después de un esfuerzo tenaz y constante, consiguió, con su enorme inteligencia y su maravilloso don de persuadir, abrir surco

y echar semilla en la mentalidad de España». En definitiva, aseguraban los nuevos propietarios de *El Sol* que «no entraban en una segunda etapa» sino que «querían continuar la anterior».

Coda

El resto de la historia es innecesario referirlo. *Crisol* primero y *Luz* después fueron dos honrosos intentos de Urgoiti por salvar su circunstancia. La proclamación de la Segunda República por la que tanto habían luchado desde *El Sol* sorprendió a Ortega y a Urgoiti sin órgano de opinión con el que intervenir. Para ahondar aún más en la herida, los accionistas de *El Sol* se alinearon rápidamente con la República una vez que Alfonso XIII hubo abandonado España.

La tristeza y el desánimo crecían en Urgoiti, cada vez más convencido de que ni *Crisol* ni ninguna otra empresa podría igualar el prestigio alcanzado por *El Sol* que, para más inri, había reincorporado a periodistas e intelectuales y exhibía su adhesión a la República en banquetes a los que acudían influyentes personalidades del momento.

Ortega discrepó desde el principio con la línea editorial de *Crisol*, que jaleaba el radicalismo y los disturbios callejeros. Llegó incluso a solicitar a Urgoiti que no se vinculara su nombre con el periódico. Para conocer la posición ideológica de Ortega en esta etapa basta con leer el artículo «Un aldabonazo» (*Crisol*, 9-IX-1931):

Lo que España no tolera ni ha tolerado nunca es el radicalismo, es decir, el modo tajante de imponer un programa. [...] Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron en el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre

desasosegados y descontentos: ¡No es esto, no es esto! La República es una cosa. El radicalismo es otra. Si no, al tiempo.

Desde mediados de 1932, la salud mental de Urgoiti comienza a flaquear. En un primer momento fue recluido cerca de Madrid donde estuvo «con la cabeza completamente perdida», recuerda Mercedes Cabrera. El 18 de abril intentó suicidarse de un disparo y fue llevado a un sanatorio de Suiza. Desde allí escribe a Ortega que sentía haber perdido «para siempre lo que yo llamaba el impulso vital, siendo un guiñapo de forma humana», y al referirse al luctuoso episodio del suicidio, le confiesa que la perspectiva de una vida longeva como la de sus antepasados «me llevaba a la más profunda desesperación».

Ortega contestó a vuelta de correo: «Excuso decirle la alegría que me ha producido su carta, delante de la cual me he puesto a gritar como David delante del arce». Se solidariza con el mal que padece su amigo, y lo define como:

Una crisis que con uno u otro grado de intensidad sufrimos todos los hombres que no coincidimos con el medio en que vivimos. No hay que darle más vueltas: hay individuos cuya relación constitutiva con el entorno social es de sentirse flotando en él, de ser llevados por él. Pero hay otros cuya sensación vital casi permanente o por lo menos con frecuencia renovada es la de sumergirse en él por no ensamblar con casi nada y con casi nadie.

En carta fechada en Suiza el 6 de enero de 1933, Urgoiti le confiesa que «la mejoría anterior pasó como un meteoro muy corto». Con profunda melancolía reconoce que «la locura se ha apoderado de una parte de los españoles» y le parece «absurdo» que todos los días se esté hablado de «revolución». Urgoiti volvió a Madrid en 1939, una vez terminada la Guerra Civil, y murió bastantes años después, el 8 de octubre de 1951, con 82 años cum-

plidos. Tuvo, a su pesar, una vida bastante longeva, pues la esperanza de vida en España en 1950 era de 62 años.

Desde el 17 de julio de 1933 la dirección de *El Sol* estaba en manos de Fernando Vela, querido y leal discípulo de Ortega. La estrecha relación de ambos hace plausible que trataran la posibilidad de reincorporar a Ortega a *El Sol*, posibilidad sugerida por Manuel Azaña en sus *Memorias*. Lo que parece obvio es que gracias a la intercesión de Fernando Vela fueron publicados en *El Sol*, en diciembre de 1933, los artículos de Ortega «¡Viva la República!» y «En nombre de la nación, claridad».

Un documento conservado en el Archivo Ortega y Gasset titulado «Estudio para la fusión de las empresas de El Sol S.A. y Fulmen S.A.», fechado el 31 de octubre de 1933, nos ofrece el final de este relato. El empresario catalán Luis Miquel proyectó un consorcio de cabeceras formado por *El Sol*, *La Voz* y *Luz*, una suerte de *trust* de periódicos *azañistas* que fracasará por razones largas de relatar. Nada quedaba en ese proyecto de la aventura periodística de *El Sol* iniciada por Nicolás María de Urgoiti y José Ortega y Gasset diecisiete años atrás.

I. B. A.